

BIBLIOTECA AMERICANA

“¿QUIÉN PUEDE, hoy día, ignorar a Borges?”, exclamó Dominique Aury al leer sus *Ficciones*.

Quiso decir: Los literatos franceses no tenemos derecho a ignorar a Borges ahora que ya fue traducido por Gallimard (París, 1951). Más optimista, Roger Caillois asegura que “Actualmente puede decirse sin paradoja que Borges es más conocido, más admirado y, sobre todo, más estudiado en las márgenes del Sena que en las del Río de la Plata.” Es claro que eso puede decirse sin paradoja, pero no con verdad. Y lo asombroso es que los editores de Borges utilicen ambos textos como *slogans* (ellos dirían *réclame*) en solapas y fajillas. La bibliografía francesa de Borges registra hasta la fecha notas y reseñas bibliográficas en revistas y periódicos literarios únicamente, si se exceptúa el ensayo de Étiemble de *Las Temps Modernes* (septiembre de 1952, N° 83, pp. 512-526) y el de Paul Bénichou, *Le monde de José [sic] Luis Borges* (*Critique*, agosto-septiembre de 1952, Nos. 63-64, pp. 675-687), luego ampliado en *Les Lettres Nouvelles* (noviembre de 1954, N° 21, pp. 680-699). Cero libros.

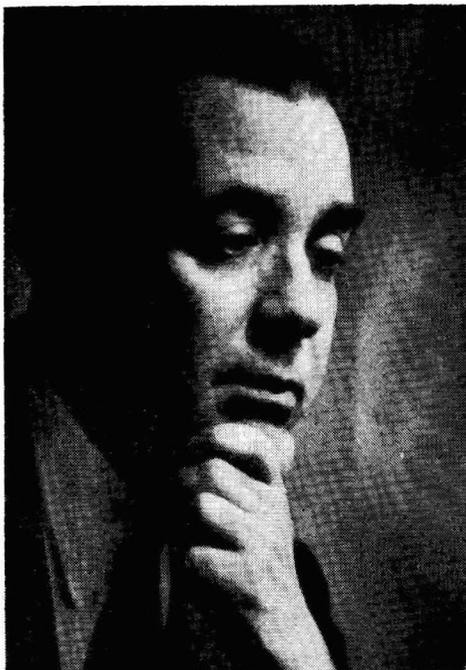
En las márgenes del Plata se han publicado tres obras por lo menos, y una en México, de autora argentina. Adolfo Prieto opina en contra de *Borges y la nueva generación* (Buenos Aires, Editorial Letras Universales, 1954), Marcial Tamayo y Adolfo Ruiz-Díaz, conjuntamente, se acercan a *Borges, enigma y clave* (Buenos Aires, Editorial Nuestro Tiempo, 1955), José Luis Ríos Patrón lo incluye entre los “clásicos del siglo xx” en su escueto *Jorge Luis Borges* (Buenos Aires, Editorial La Mandrágora, 1955), y Ana María Barrenechea ha estudiado con maestría irreprochable *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges* (México, El Colegio de México, 1957, 189 pp.). Paradójicamente, este libro obtuvo una curiosa reseña en esta misma revista (julio de 1957, vol. XI, N° 11, pp. 30-31). Mejor dicho, se toma de pretexto el libro (“que será siempre un breviario de primera mano para el estudio del fabulador argentino”) para tejer una breve intriga fantástica: Borges ha vivido fuera del mundo que lo rodea, Borges por eso ha hecho una obra vacía, Borges ignora que existen “víboras nucleares que muerden los pies de los que pasan y destruyen su cara. Simples enemigos terrenos del hombre, fieras terrestres. Jorge Luis no las conoce.”

De cierto no se sabe que Borges haya hecho tales declaraciones de ignorancia a propósito de las actuales alarmas atómicas. Lo más que podría deducirse de la simple observación de su obra sería cierto escepticismo acerca de las virtudes generativas del átomo ruso. Y esto concretando al extremo una opinión suya de 1946, la que exacerbó a sus lectores con seudónimo de progresistas; puede verse ahora en *Otras inquisiciones* (Buenos Aires, Sur, 1952, p. 45):

Por Ernesto MEJIA SANCHEZ

El más urgente de los problemas de nuestra época (ya denunciado con profética lucidez por el casi olvidado Spencer) es la gradual intromisión del Estado en los actos del individuo; en la lucha con ese mal, cuyos nombres son comunismo y nazismo, el individualismo argentino, acaso inútil o perjudicial hasta ahora, encontraría justificación y deberes. Sin esperanza y con nostalgia, pienso en la abstracta posibilidad de un partido que tuviera alguna afinidad con los argentinos: un partido que nos prometiera (digamos) un severo mínimo de gobierno.

El párrafo anterior y no una trase del mismo libro que suele citarse eludiendo el contexto (“el descubrimiento de que una emoción colectiva puede no ser innoble”) le ha valido a Borges la saña de quienes creen que una matanza colectiva puede



Borges— “lucha con ese mal”

justificarse por razones de Estado. Quienes se aliaron a Hitler no pueden comprender la sencilla beligerancia de Borges en favor de la República Española, durante la guerra civil; en favor de las democracias, en la segunda guerra mundial; y del pueblo argentino, bajo la dictadura peronista.

En sus poesías, en sus obras de ficción y de crítica, hallará el lector no prevenido las manifestaciones ciudadanas de este hombre al que se juzga desentendido de su mundo y su tiempo. El *Epílogo* de *El Aleph* (Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1949, p. 146) contiene esta somera declaración.

En la última guerra nadie pudo anhelar más que yo que fuera derrotada Alemania; nadie pudo sentir más que yo lo trágico del destino alemán; *Deutsches Requiem* quiere entender ese destino, que no supieron llorar, ni siquiera sospechar, nuestros “germanófilos”, que nada saben de Alemania.

Profundas observaciones sobre el pueblo argentino se encuentran en *Nuestro pobre individualismo* (*Otras inquisicio-*

nes, pp. 43-45), en su *Anotación al 23 de agosto de 1944* (*Idem*, pp. 156-158); apasionadas defensas de su lenguaje, como la que cito, extraída de *Las alarmas del doctor Américo Castro* (*Ibidem*, p. 37):

He viajado por Cataluña, por Alicante, por Andalucía, por Castilla; he vivido un par de años en Valldemosa y uno en Madrid; tengo gratuitos recuerdos de esos lugares; no he observado jamás que los españoles hablaran mejor que nosotros. (Hablan en voz más alta, eso sí, con el aplomo de quienes ignoran la duda.)

Sus mismas rectificaciones, de impresionante sinceridad, alegan una conmovida búsqueda del espíritu de su pueblo:

Los films elaborados en Hollywood repetidamente proponen a la admiración el caso de un hombre (generalmente, un periodista) que busca la amistad de un criminal para entregarlo después a la policía; el argentino, para quien la amistad es una pasión y la policía una *mafia*, siente que ese “héroe” es un incomprensible canalla. Siente con D. Quijote que “allá se lo haya cada uno con su pecado y que “no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello” (*Quijote*, I, xxii). Más de una vez, ante las vanas simetrías del estilo español, he sospechado que diferimos insalvablemente de España; esas dos líneas del Quijote han bastado para convencerme del error; son como el símbolo tranquilo y secreto de nuestra afinidad.

La primera edición del *Evaristo Carriego* (Buenos Aires, M. Gleizer, editor, 1930), presenta una página de punzantes cargos contra Rubén Darío, buena muestra de “aquel estilo suyo, tajante y pendenciero”, que subrayó Raimundo Lida; en la segunda edición (Buenos Aires, Emecé, 1955, p. 55), que aparece como el volumen IV de sus *Obras completas*, lleva al pie esta nota no menos sincera:

Conservo estas impertinencias para castigarme por haberlas escrito. En aquel tiempo creía que los poemas de Lugones eran superiores a los de Darío. Es verdad que también creía que los de Quevedo eran superiores a los de Góngora. (*Nota de 1954.*)

Otros tantos descubrimientos podrán hacer los lectores de los cinco volúmenes de las *Obras completas* que a continuación se describen: I) *Historia de la eternidad*, adicionada de *El tiempo circular* y *La metáfora*; II) los *Poemas* (1923-1953), aumentan diez años de labor, visible en cuatro poesías nuevas; III) *Historia universal de la infamia*, también aumentada; IV) *Evaristo Carriego*, incluye, entre otras adiciones, la *Historia del tango*; y V) *Ficciones* proporciona tres nuevas de ellas: *El fin*, *La secta del Fénix* y *El Sur*. Los cinco volúmenes publicados entre 1953 y 1956 dan un total aproximado de 840 páginas de sorpresiva lectura, o relectura en su caso. La obra de Ana María Barrenechea puede ser, de hecho lo es, una excelente brújula para marear Borges; los cinco capítulos de sagaz penetración alcanzan los hilos impalpables de “la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges” como quiere el título de la autora. “Será siempre un breviario de primera mano para el estudio del fabulador argentino”, como sospechó la curiosa reseña publicada en esta revista.